

Mi Esperanza

Daniel Díaz Quílez

Mi Esperanza

Mi Esperanza

Por Daniel Díaz Quílez

Mi Esperanza

© 2025 Publicación Independiente
Todos los derechos reservados.

Edición

Luisa Ripoll Alberola

Silvia Quílez Fuertes

Maquetación

Daniel Díaz Quílez

Ilustraciones de la portada

Beatriz Díaz Giménez

Maquetación de la portada

Irene Bandera Moreno

Jose Antonio Bandera Moreno

Primera edición: 31 de diciembre de 2025

ISBN 9798277941133

*A mi abuela,
Esperanza Giménez Armendáriz,
por enseñarme a ayudar y a perdonar.*

ÍNDICE

Prefacio	IX
Árbol Genealógico	XI
1 Infancia	1
2 Adolescencia	7
3 José	11
4 Juventud	15
5 Maternidad	19
6 Hijos pequeños	23
7 Madurez	31
8 Hijos mayores	37
9 Vejez	45

PREFACIO

Este libro no es una biografía: es una ficción basada en hechos reales. No es una biografía porque la protagonista y narradora del libro nunca existió. Esperanza Giménez Armendáriz existió y según escribo sigue viva. Son las cuatro de la tarde, así que estaré sentada en su sofá viendo una telenovela, durmiendo pensando que no está dormida. Pero este libro no trata de Esperanza, sino de mis recuerdos de ella y, en la mayoría de los casos, de mis recuerdos de sus recuerdos.

Es complicado no asociar a una persona con nuestros recuerdos de ella. Una persona nace, crece, vive y muere. Tiene un cuerpo físico e interactúa con el mundo. Pero los recuerdos no. Los recuerdos están encerrados en la cabeza de quien los recuerda y con el tiempo se empapan de su subjetividad.

Todas las historias son apócrifas, pero una historia basada en los recuerdos que un nieto tiene de los recuerdos de su abuela más todavía. En África piensan que pasadas siete generaciones no hay diferencia entre historia y mito. En Occidente pensamos que la historia es real y el mito ficción, y no nos damos cuenta de que la historia solo es la versión de los hechos que más nos gusta recordar. Por mucho que haya intentado ser objetivo, no me queda otra que admitir que las historias de este libro son una

mezcla entre hechos reales, recuerdos distorsionados y mitos familiares.

Sean reales o no, las historias de este libro son importantes para mí. Yo me pienso que soy una persona, con mis particularidades, ideas y sentimientos, pero en realidad soy un espejo. Soy el reflejo de mi cultura, de mi país, de mi ciudad y, por supuesto, de mi familia. En palabras de Sylvia Plath, soy «*a clean slate, with my own face on*».

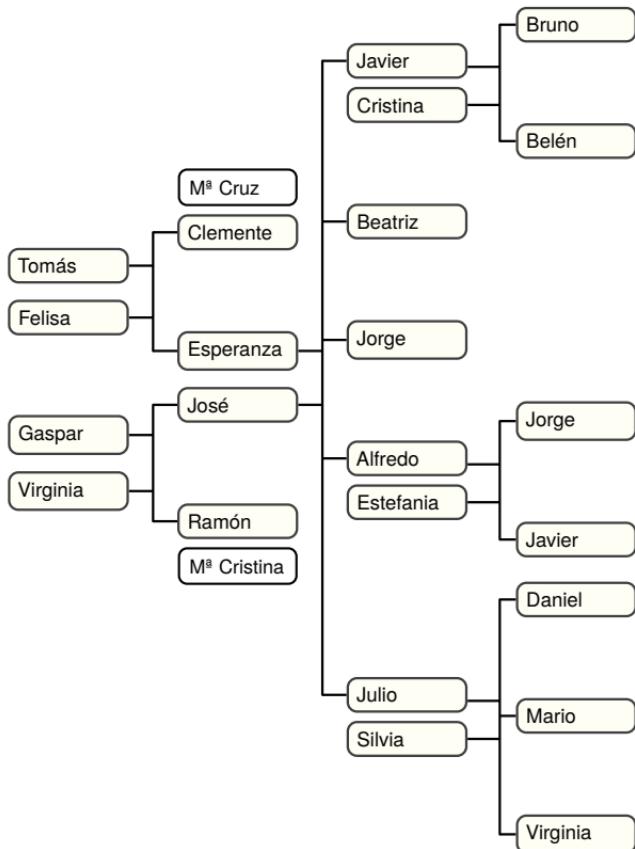
Mi abuela me ha cuidado desde que soy pequeño y, como es habladora, me ha contado muchísimas historias. Yo escucho y pregunto y, año tras año, mis recuerdos de sus recuerdos se van acumulando. Me ha contado tantas historias que ahora me pregunta por sus propios recuerdos. Me pregunta a ver qué le dijo alguien o qué pasó en un día concreto. Hemos llegado al punto en el que yo conozco mejor muchas historias de su vida que ella misma.

En este libro he escrito la mayoría de las historias que recuerdo para que sirvan testimonio de quién fue mi abuela y del legado que dejó.

Daniel Díaz Quílez

Helsinki, 2025

ÁRBOL GENEALÓGICO



1 INFANCIA

Nací en Alagón el 10 de marzo de 1936. No sé por qué nací en Alagón, pero tengo alguna teoría. Mis padres eran de Falces, un pueblecito navarro con unos 3.000 habitantes. Mi madre tenía tierras y se casó por amor con mi padre, que era guarnicionero y hacía riendas y alforjas para los caballos. Tuvieron dos hijos, Clemente y Cecilia. Antes de cumplir los dos años, Cecilia se cayó de la mesa camilla y se murió y, para huir de los recuerdos, mis padres se mudaron. Para mi padre era mejor negocio mudarse a un pueblo que a una ciudad, así que se mudaron a Alagón, un pueblo a 20 kilómetros de Zaragoza.

Yo nací unos años después, justo antes de que estallara la Guerra Civil. Los nacionales controlaron Zaragoza desde el principio y el frente nunca se nos acercó, pero un día mi madre estaba en la estación de Zaragoza y vio un tren lleno de hombres con fusiles. Por lo demás la vida en el pueblo era tranquila. Íbamos a pasear por el campo o por el río y los domingos íbamos a misa. El 31 de diciembre no nos enterábamos de los cuartos y los tercios, así que bajábamos con mi padre al taller y él mismo daba las 12 campanadas con un martillo. Ahora una vida así puede parecer demasiado sencilla, pero a nosotros nos gustaba.

Mi padre era reservado y serio. No había estudiado, pero se

sabía *El Quijote* de memoria y le fascinaban el Esperanto y la astronomía. Mi madre era espabilada, energética y presumida. En aquella época las mujeres no estudiaban, pero ella había ido a clases de humanidad para aprender las normas de educación. Tenía mentalidad de empresaria y con el cuero que le sobraba a mi padre montó una zapatería. En el pueblo la llamaban la bicicletas porque siempre iba corriendo a todas partes, y se ponía feliz cuando decían que parecía marquesa por llevar a la asistenta con uniforme.

A pesar de que mis padres fueran diferentes, solo recuerdo verles discutir un día. Mi madre estaba llorando y le pasaba platos a mi padre para que los rompiera contra el suelo. Yo creo que fue porque tenían unos amigos con los que íbamos muchas veces a pasar el día al campo y mi madre se llevaba demasiado bien con el marido de la otra pareja. No sé si pasó algo entre ellos, si fueron celos de mi padre, o si fue por algo diferente, pero esa es mi teoría.

De pequeña yo era un poco tontita. Era la única chica, diez años más pequeña que mi hermano, y mi madre me consentía todo. Estábamos tan unidas que cuando mi madre se iba a hacer recados o a trabajar a la zapatería yo me quedaba esperándola en las escaleras de casa hasta que volvía.

Mi hermano Clemente era todo lo contrario. Era activo, divertido. Se pasaba el día jugando con sus amigos y yendo de un lado a otro. No tenía ni móvil ni ordenador ni nada, pero

iba a pescar con sus amigos al Jalón y se divertían. Se ponían en medio del río y metían las manos a ver si sacaban algo. Un día hasta sacó una anguila, pero al verla se pensó que era una serpiente y la soltó.

Nuestros padres nos compraron una bici a cada uno para que nos moviéramos por el pueblo y la diferencia entre mi hermano y yo se veía perfectamente en nuestras bicis. La mía estaba siempre limpia, cuidada, como si fuera nueva, mientras que la de mi hermano estaba sucia, llena de barro, con arañosazos y golpes. Un día a mi hermano se le rompió la bici y me robó la mía para irse a jugar al fútbol con sus amigos y, cuando me enteré, me puse furiosa. Era mi bici. Fui corriendo al campo de fútbol y me la llevé. Pensé que mi hermano tendría que andar del campo de fútbol a casa, que era bastante, pero me dio igual. Que hubiera cuidado su bici, pensé. Pero esa noche mi hermano llegó a casa tardísimo, agotado, y me arrepentí.

Esta forma de actuar me ha acompañado toda la vida. Actúo con rabia, haciendo lo que creo correcto sin pensar en los demás, y luego me arrepiento.

A los 11 años mis padres me enviaron a un internado en Zaragoza. Me dieron a elegir entre los dos mejores, el Sagrado Corazón y el Jesús María. Elegí el Jesús María porque las niñas del Sagrado Corazón me parecieron demasiado tontas, pero aún así fue horrible. Yo estaba acostumbrada a vivir en mi casa, siendo la pequeña, con mi madre consintiéndome todos los

caprichos, pero en el internado solo era una más. Veía a mis padres media hora al mes en una sala de reuniones y les echaba mucho de menos.

Los primeros años fueron duros. Durante una epidemia de paperas, a las niñas que enfermaban las mandaban a casa para que no contagiaran a las demás, y a mí me parecía que tenían mucha suerte. Se iban a casa con su familia en vez de estar en el internado. «Ojalá que tenga paperas, ojalá que tenga paperas», pensaba. Al poco me contagiaron las paperas y me mandaron a casa, pero me encontraba fatal y sentí haber deseado tenerlas.

Tampoco fue todo malo en el internado. Era la mejor de la clase porque era aplicada y me esforzaba en aprenderme la lección bien. Lo que a las demás les costaba a mí me parecía fácil, y me daba orgullo.

En el internado me enseñaron las normas de educación. Me enseñaron a colocar la silla bajo la mesa después de comer, a hablar con modales, a poner la mesa. Esas normas me acompañan hasta hoy y, cuando veo a alguien levantarse de la mesa sin colocar la silla, me imagino a una monja regañándole.

Estar en el internado también me hizo ser menos tonta. Desde pequeña odiaba el arroz. Nunca lo había probado, pero me parecía asqueroso. Al llegar al internado les dije que era alérgica y me lo cambiaron por legumbres. Estuve un año comiendo legumbres hasta que un día me harté, probé el arroz y me encantó. Estaba delicioso y se convirtió en mi comida favorita.

Esta forma de actuar también me ha acompañado toda la vida. Me pienso que no me gusta algo, hago todo lo que puedo

para evitarlo y, cuando por fin lo pruebo, por curiosidad o por obligación, me doy cuenta de que me encanta.

2 ADOLESCENCIA

Clemente terminó el bachillerato en 1945. Él quería quedarse estudiando ingeniería en Zaragoza, pero mi padre no le dejó. «O a Madrid o al taller», le dijo. Así que se fue a Madrid. Terminó la carrera en 1951, cuando yo tenía 15 años, y, como a mi madre le daba miedo dejarle soltero y con dinero en Madrid, me mandó detrás. Me mudé con mi tía Esperanza a un pisito en José Abascal. Era un piso pequeño, a las afueras, sin mucha luz, pero me encantaba. No podía estar más contenta de estar en Madrid. Siempre había vivido en un pueblo y Madrid me parecía alucinante. La gran ciudad.

En ese momento yo no lo sabía, pero viviría en Madrid el resto de mi vida.

En Madrid seguí yendo al Jesús María, igual que en Zaragoza. Iba en tranvía y, como estaba cerca, me iba a comer a casa y volvía por la tarde. Esos viajes en tranvía me encantaban. En Zaragoza había estado encerrada en un internado todo el día y en Madrid estaba todo el rato de un lado a otro. Me sentía libre. En esos viajes en tranvía veía a los chicos del Colegio Británico hablando un inglés precioso y pensaba: «Mis hijos estudiarán en el Británico».

Empezar el bachillerato me costó un poco. Yo siempre había

sido la primera de la clase y al llegar a Madrid era de las peores. Había una monja en concreto que siempre me hacía preguntas dificilísimas y me dejaba en ridículo. Yo creo que las monjas de Zaragoza le dijeron que era la primera de la clase y ella me hacía preguntas difíciles para que fuera más humilde. Tardé unos meses en adaptarme, pero al final conseguí remontar y volver a ser la primera. Era la primera porque se me daban bien las matemáticas y el latín, que a las demás les costaban. Una compañera me dijo que a la gente que se le daban bien las matemáticas también se les daba bien el latín, pero yo nunca lo entendí.

Mis compañeras de clase me caían bien, pero se notaba que eran diferentes. Yo era una chica de pueblo, tímida, calladita. Ellas eran chicas de la capital, con mucho más mundo. Al poco de llegar, una compañera de clase me dijo: «La pi por el cho». Nunca había oído nada tan horrible.

A los 18 años empecé la universidad. No sabía qué quería estudiar y me metí en Filología Inglesa porque uno de los profesores era amigo de mi hermano. El primer día de clase fui a registrarme a la universidad y al llegar me enteré de que había que pagar una inscripción. Yo no tenía dinero, pero la chica que tenía delante en la fila me lo prestó. Se lo devolví al día siguiente y siempre la recordé con cariño.

Fui parte de la primera promoción de Filología Inglesa de España, pero no me gustó mucho. Lo mejor fue que era fácil. En

el último examen, un profesor que, como nosotros, veraneaba en Zarautz, escribió junto a mi nota: «*When are you going to Zarautz?*». Años más tarde pensé que debería haber estudiado farmacia. Le podría haber pedido un préstamo a mi hermano, haber contratado a un par de chicas y haber llevado el negocio, pero no lo hice.

Como la carrera era fácil me podía dedicar a otras cosas. En invierno mis amigas y yo nos íbamos a esquiar, pero a mí me daba miedo y, en vez de frenar con los esquíes, me tiraba al suelo. En verano nos íbamos a dar clases a un internado de niñas en Francia que nos gustaba mucho porque aprendíamos francés. Cuando terminé la carrera hablaba francés e inglés fenomenal, pero se me han ido olvidando con el tiempo.

Durante la carrera fue la primera vez que empecé a tratar con chicos. Un día, yendo a la universidad, se subió al autobús conmigo un chico alemán. Se bajó en la misma parada que yo y me preguntó cómo me llamaba. Yo se lo dije y, cuando salí de clase al día siguiente, me estaba esperando en la puerta. Yo solo le había dicho mi nombre, pero él consiguió averiguar mis clases y mi horario. Hablamos un poco, pero nunca más le volví a ver. Hace unos años, leyendo el periódico, leí su nombre. Era famoso y venía a Madrid a dar una conferencia.

En aquella época mi hermano se casó con María Cristina y nos fuimos a veranear los tres a San Sebastián. Un día fuimos a un baile formal y ellos salieron a bailar. Mientras les veía

bailar, un chico se me acercó y me pidió bailar a mí, pero le dije que no porque pensé que a mi hermano y a su mujer les parecería mal que bailara con un desconocido. Estuve el resto de las vacaciones sola en casa sin mucho que hacer, y me arrepentí. Me arrepentí no porque me gustara el chico, sino porque habría pasado con él las vacaciones, paseando, hablando, yendo a cenar, y me habría entretenido.

De los demás no recuerdo mucho. Solo a uno que le pedí que dejara de hablarle cuando me mandó una carta llena de faltas de ortografía.

3 JOSÉ

A José le conocí antes, nada más llegar a Madrid. Era ingeniero industrial, hermano de un amigo de mi hermano, y vivía en el piso de debajo del mío. Cuando llegaba a casa por la tarde su madre no solía estar y él subía a ayudarme con las matemáticas. Yo no necesitaba ayuda, pero le dejaba.

José tenía una novia andaluza y se iban a casar. Estuvieron buscando piso mucho tiempo, pero a ella no le gustaba ninguno. Todos le parecían poco. Le decía a José que siendo ingeniero tenían que tener un piso mejor. Al final José se dio cuenta de que ella solo se quería casar con él por el estatus, y la dejó.

Después de que cortaran, yo me hice aún más amiga de José. Él tenía una Vespa y me llevaba muchos días a pasear por el Pardo o a tomar el aperitivo a la Dolores. Un día, mientras paseábamos por el Pardo a orillas del Manzanares, le noté raro. Me había visto llegar a casa el día anterior con un compañero de clase en bici y no sabía qué pensar. Cada cien metros se paraba en un banco y me preguntaba por él. Yo le decía que solo era un amigo, pero no se quedaba tranquilo. Nos paramos más de diez veces, hasta que le pregunté:

—¿Quieres que no vuelva a ver a ese chico?

—Sí —me dijo.

—Pues yo también quiero —le dije.

Al día siguiente vi al chico de la bici en la universidad. Vino a hablar conmigo y le dije: «¿Viste al chico que me recogió ayer en Vespa? Pues es mi novio, así que por favor no me hables más». Desde ese día todo quedó claro.

El padre de José se llamaba Gaspar Díaz y nació en Calahorra, un pueblecito de La Rioja. Todo el mundo le llamaba Julio porque a los 7 años se quedó huérfano y se fue a vivir con su tía Julia. Le gustaban mucho los juegos. Cuando era pequeño, apostaba con el barquillero a que conseguía girar la ruleta de la tapa donde el barquillero guardaba los barquillos hasta el 31. Se apostaba unos céntimos de entonces y era tan hábil que casi siempre ganaba. Cuando se hizo mayor empezó a trabajar en Correos y, como era listo, llegó a ser el jefe principal. Estuvo trabajando en el Palacio de Telecomunicaciones de Cibeles hasta que le echaron a dos años de jubilarse para poner a un enchufado franquista. Cuando se quedó sin trabajo no tenía mucho que hacer y se iba todas las tardes a jugar al Tresillo, un juego más complicado que el *Bridge*. Era el mejor de España, pero se cansó de ganar y empezó a jugar a juegos de azar en los que a veces perdía.

La madre de José se llamaba Virginia Vighi y nació en Palencia. La llamábamos «la Nonna» porque era hija de un ingeniero

italiano que había venido a España a trabajar para una empresa ferroviaria. Uno de los hermanos de Virginia se llamaba Francisco Vighi y era un poeta de la Generación del 27, amigo de Ramón Gómez de la Serna, Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez. Era moderno e introdujo el haiku en España. Escribió varios libros de poesía. Este es uno de sus poemas que más me gusta, de su libro Nuevos Versos Viejos.

Cuando se murió el canario,
puse en la jaula un limón.
¡Soy un caso extraordinario
de imaginación!

Julio y Virginia se casaron y tuvieron dos hijos, José y Ramón. Como habían vivido la guerra, les enseñaron a sus hijos que tenían que tener un oficio, una carrera y un trabajo. José y Ramón se hicieron carteros de oficio, ingenieros industriales de carrera y militares de trabajo. A José le gustaba tanto ser militar que se reenganchó seis veces. Era oficial de artillería y todos los veranos se iba a Rota a hacer maniobras. Cuando le dijo a su padre que quería ser militar, él le dijo que el problema con ser militar era que, si un día se cansaba, no sería nada. Así que José se olvidó del ejército y se centró en la ingeniería.

José era serio, formal y honrado. Nunca hablaba de nada personal y tenía una presencia poco llamativa porque no tenía habilidades sociales, pero siempre podías contar con él. Era un

buen ejemplo a seguir. Lo que menos me gustaba de él era que, como a su padre, le encantaban los juegos y los casinos. Dudé si casarme con él por si nuestros hijos salían jugadores, pero como le veía tan formal me casé. Apuntaba todos sus gastos en un cuaderno, hasta los céntimos, y, cuando iba al casino y perdía en cinco minutos el dinero que pensaba gastarse esa noche, se quedaba viendo jugar a los demás sin ninguna intención de gastarse más.

Una de las cosas que me enamoró de José fue su inteligencia. Años más tarde, cuando ya llevábamos tiempo casados, se hizo famoso el cubo de Rubik. José no lo había visto nunca en su vida pero, cuando un amigo se lo llevó a casa, lo cogió, se encerró en su habitación y no salió hasta que lo resolvió. Cuando salió estaba toda la habitación llena de papeles con dibujos y cálculos. A mí me pareció increíble. Además de ser inteligente, José sabía de todo. Como se había sacado la oposición de cartero, se sabía todos los pueblos de España y, siempre que íbamos en el coche de viaje, sabía en qué pueblo estábamos, y cuál era el siguiente, y el siguiente.

4 JUVENTUD

Me casé con José el 21 de abril de 1957. En la familia de José era tradición casarse el 21 de abril. Su hermano, sus padres, sus abuelos. Todos se habían casado el 21 de abril, así que nosotros también. Yo tenía veintiún años y José, treinta y uno. Como me sacaba diez años, José me llamaba «la Peque». A mí me preocupaba un poco la diferencia de edad porque significaba que enviudaría pronto, pero pensé que era mejor estar casada menos tiempo con un hombre que me gustaba que más tiempo con uno que no.

La boda la hicimos en Zaragoza y de luna de miel nos fuimos a Roma, que me encantó. Era la primera vez en mi vida que viajaba de turismo al extranjero, con mi marido. Hoy, setenta años después, lo único que recuerdo del viaje fue lo bonita que me pareció la Plaza de España.

Ese año mis amigas no me avisaron para ir en verano al internado de Francia y me sentó fatal. Ellas pensaron que, como me acababa de casar, querría quedarme en casa con mi marido y no querría ir. Pero ellas no tenían que tomar la decisión por mí. Me lo deberían de haber dicho y yo ya habría decidido si ir o no. Estoy segura de que habría ido y hoy hablaría francés mejor.

Durante el resto de mi vida apenas viajé. Hicimos viajes por España y fuimos a todas las provincias de la península, pero casi nunca más lejos. Yo era ama de casa. Vivía por y para mi familia. No podía permitirme viajar. Nunca he estado en París y estoy orgullosa.

El día de mi boda fue la primera vez en mi vida que besé a un hombre. En ese aspecto José y yo éramos muy antiguos. Nos parecía impensable ser de otra forma. Hasta casados José nunca me besaba porque pensaba que los besos eran la mecha para lo demás.

La noche de bodas fue un desastre. Ninguno de los dos teníamos experiencia y tardamos una semana en aprender a hacer el amor. Me quedé embarazada dos semanas después de la boda. Tenía planeado un viaje a Inglaterra para mejorar el inglés, pero lo tuve que cancelar.

Mi primer hijo nació después de seis meses de embarazo y murió a los pocos días. Yo no me puse triste. Cualquier otra mujer se habría deprimido por perder a su primer hijo, pero yo soy fuerte para esas cosas y sé aceptar las circunstancias de la vida. Cuando murió, José fue a una librería y buscó entre los libros de medicina hasta encontrar lo que le había pasado. Quería saber si había sido una cosa de una vez o si era un problema permanente. Después de muchos libros lo encontró y concluyó que era un problema relativamente normal, de una vez. Nos tranquilizó mucho saberlo porque significaba que podríamos

tener más hijos.

Mirando atrás, me arrepiento muchísimo de no haber ido a Inglaterra. Si me hubiera casado un año más tarde, mi primer hijo no habría muerto y yo hablaría inglés fenomenal. Fue uno de los mayores errores de mi vida.

Cuando nos casamos nos mudamos a un piso alquilado. Yo no estaba cómoda porque compartíamos el piso con la casera y me daba órdenes. Un día, por ejemplo, me pidió que hiciera cocido para comer. Yo estaba recién casada y aún no sabía guisar bien, puse mal el gas y el cocido salió por los aires. La casera se enfadó y yo le dije a José que quería que nos mudáramos.

Nos fuimos a vivir a casa de sus padres, en el mismo edificio en el que había vivido con mi tía. Era un piso algo más grande que el de mi tía, pero sin ser la gran cosa. A mí me daba igual con tal de estar juntos, y José se alegró mucho de que yo no fuera presumida como su novia anterior.

Como José era ingeniero, nos apuntamos para comprar un piso en una construcción nueva para antiguos alumnos de la escuela. Era un piso moderno a las afueras de Madrid, en Nuevos Ministerios. Alrededor solo había campo, colinas y ovejas pastando. La calle era de tierra y a José le daba miedo aparcar la moto debajo de casa por si se la robaban.

Hoy en día Nuevos Ministerios es prácticamente el centro de Madrid.

Nos mudamos al piso nuevo en 1960. Era un piso de cuatro

habitaciones, con dos salones, un comedor y una terraza. El piso estaba conectado por un pasillo larguísimo que iba desde la cocina hasta los salones, pasando por las habitaciones. Yo quería haber comprado otro piso aún más grande, pero José no me dejó. Él era mirado con el dinero y no quería que viviéramos por encima de nuestras posibilidades.

5 MATERNIDAD

José y yo tuvimos cinco hijos: Javier, Beatriz, Jorge, Alfredo y Julio. Todos fueron al Colegio Británico como yo había pensado cuando llegué a Madrid. Hablaban inglés de maravilla y tuvieron una educación buenísima, porque siempre priorizamos gastar en educación, aunque por ello tuviéramos que ahorrar en otras cosas.

José y yo nos complementábamos bien. Yo les decía a mis amigas que yo nunca había puesto un desayuno y José nunca había cambiado un pañal. José trabajaba y yo era ama de casa. Todos los meses me daba una paga y yo me encargaba de los gastos de la casa. Los dos sabíamos cuál era nuestra obligación y la hacíamos sin protestar.

José era ingeniero industrial para la Papelera Española y una semana al mes se iba de viaje de trabajo. Casi siempre se iba al norte de España, pero a veces se iba a Alemania. En Alemania le llamaban Herr Vighi-Brot porque odiaba el pan alemán y se llevaba barras de pan de España en la maleta. José también era presidente de la comunidad de vecinos. Cuando llegaba a casa de trabajar, se subía a su despacho y se ponía a calcular los presupuestos de la comunidad. Era meticuloso con las cuentas y le gustaba que todo estuviera ordenado.

A pesar de que José fuera ingeniero, no nos gustaba alardear de nuestra posición social. Solo teníamos un coche, por ejemplo. Por la mañana José hacía el desayuno, se llevaba a los niños al colegio en coche, aparcaba cerca de su oficina y se iba a trabajar. Yo iba luego en autobús, recogía el coche e iba a por los niños. Ellos dicen que chocaba todos los días, pero no es verdad. Choqué un par de veces en todos los años que estuve recogiéndoles, pero ninguna fue grave.

Un año tuvimos un accidente grave de excursión por Asturias. íbamos con los niños por una carretera nacional de doble dirección cuando, en una curva, una camioneta que venía rápidísimo por el carril contrario invadió nuestro carril. José pegó un volantazo y nos chocamos de lado contra un muro. No nos pasó nada, pero José estaba furioso. «Son ustedes unos asesinos, son ustedes unos asesinos», les gritaba a los de la camioneta. Toda la carretera estaba llena de marcas de neumáticos por la frenada que habían dado al vernos. Después nos enteramos de que iban tan deprisa porque habían estado bebiendo vino en el bar de enfrente. Gracias a Dios, José reaccionó a tiempo porque si no, nos habríamos estampado de frente y nos habríamos matado todos.

Los sábados íbamos a pasar el día al Race, un club de campo a las afueras de Madrid. José y los niños jugaban al tenis, y yo me quedaba en la cafetería tomando el sol y hablando con mis amigas. Los domingos José compraba el periódico y bollos para

desayunar. Comíamos juntos y por la tarde solía venir algún amigo a casa a tomar café y a jugar a algo. Solíamos jugar al mus y, un día que vino una pareja de amigos, nos pusimos las dos mujeres contra los dos hombres y les ganamos.

En verano nos íbamos un mes a Alagón y otro a Zarautz. Los niños se aburrían en Alagón y algún año hasta trabajaron en el campo recogiendo manzanas. Por la mañana iban a la piscina con sus amigos y por la tarde iban al bar del pueblo a jugar a las cartas.

En Zarautz se lo pasaban mejor. Iban a la playa, a jugar al tenis, al hipódromo de San Sebastián. José iba todas las mañanas a comprar el desayuno y el periódico, y los domingos compraba pastas. Yo hacía la comida y me bañaba en el mar. Me encantaba bañarme en el mar. Nada más llegar a Zarautz, Beatriz y yo siempre íbamos a bañarnos al mar y ella decía: «Ya ha merecido la pena el viaje».

Cuando José subía de la playa se lavaba la arena de los pies con agua y yo le regañaba. Le decía que se tenía que lavar los pies con agua y jabón y, a partir de entonces, José siempre subía de la playa cantando:

Los pies con jabón,
los pies con jabón,
que me ha dicho la Peque
que me va a dar un capón.

En Zarautz no teníamos casa y alquilábamos todos los veranos. José decía que no podíamos permitirnos mantener otra

casa, pero pensándolo ahora le debería haber pedido prestado a mi madre para dar la entrada y luego José me habría ido ayudando a pagarla. Ahora yo tendría una casa en Zarautz, organizada como a mi me gusta, con mis cosas. Yo iría todo el verano y mis hijos vendrían a verme.

No comprar una casa en Zarautz fue el mayor error de mi vida. Nunca me lo perdonaré. Me acuerdo casi todos los días y se me llena el alma de rabia. Qué tonta fui.

Unos años después de que José y yo nos compráramos el piso, mis padres se compraron uno a 5 minutos del nuestro. Ya estaban mayores para vivir solos en el pueblo y preferían vivir cerca de nosotros. Estuvieron viviendo ahí juntos hasta que, en 1976, mi padre murió. Al principio mi madre se quedó viviendo sola. Yo la invitaba casi todos los días a comer a casa y a pasar la tarde con nosotros, pero aún así ella no se acostumbraba. Había vivido toda la vida acompañada, con su marido. Estar sola se le hacía muy duro, así que me la acabé trayendo a vivir con nosotros.

Mi madre se llevaba fatal con José y la convivencia fue complicada. Se llevaban fatal porque mi madre se entrometía en nuestros asuntos y José lo odiaba. Para que José no se enfadara, le dije que mi madre solo se quedaría un fin de semana, pero el fin de semana acabó durando 30 años. Yo me pasaba el día moviendo a mi madre de una habitación a otra para evitar que coincidieran, pero no era fácil.

6 HIJOS PEQUEÑOS

Javier nació en 1960. La noche antes de que naciera yo notaba que iba a romper aguas, pero me aguanté el dolor para que José pudiera descansar. Cuando nació, nosotros éramos padres primerizos y fuimos más estrictos con él que con los demás. Si se portaba mal, José le daba azotes con el cinturón o le encerraba en el armario.

Javier era inteligente e independiente. Le adelantaron un curso y a los 16 años se mudó al piso de mi madre al lado de casa. Vivía solo, pero por las noches venía a cenar y me traía un cesto gigante con la ropa sucia.

Javier también era estudioso. Un día, cuando era pequeño, se quería ir a jugar con sus amigos y le pregunté si no tenía que hacer deberes. «Madre, cuando lleguen las notas, hablamos», me dijo. Cuando llegaron las notas, había sacado todo sobresaliente, así que a partir de ese día le dejé que se organizara él solo.

A los 16 años le becaron para hacer el bachillerato de excelencia en el Atlantic de Gales. El Atlantic era un colegio internacional con chicos de todo el mundo. Hizo muchos amigos y se ofreció voluntario para hospedar a compañeros que viajaran por España. Mi casa se convirtió en una embajada. Vinieron chi-

cos de todos los países del mundo. Uno de los mayores errores de mi vida fue no tener un libro en el que apuntar la nacionalidad de cada uno. Nada más llegar, yo les hacía la comida y les pedía que me dieran la ropa sucia. Me acuerdo de dos chicas japonesas que nos hicieron un baile en agradecimiento, y de un indio navajo con el pelo larguísimo que se sentaba en la lavadora y nos contaba historias.

José daba por supuesto que Javier iría a la escuela a estudiar ingeniería, pero Javier no quería.

—Padre, he pensado que no voy a ir a la escuela
—le dijo Javier un día.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo José.

—Voy a estudiar económicas —dijo Javier.

—¿Económicas? ¿Eso qué es? —dijo José.

—Da igual, Padre, pero no te preocupes que no te
pediré dinero —dijo Javier.

A Javier le encantó la economía y se fue a Minnesota a hacer el doctorado. Él pensaba hacer el doctorado en microeconomía, pero un día Edward Prescott, que años más tarde ganó el Nobel, se le acercó y le dijo:

—¿Eres español, verdad?

—Sí —dijo Javier.

—¿Y entiendes el fuera de juego? —dijo Prescott.

—Pues no mucho pero seguro que mejor que tú
—dijo Javier.

Fueron al despacho de Prescott y Javier, que de pequeño había sido árbitro, le explicó todos los detalles del fuera de juego. Prescott se quedó impresionado y le dijo que fuera al día siguiente a hablar con él. Después de la conversación del día siguiente, Javier se cambió a macroeconomía y empezó a trabajar con Prescott.

Beatriz nació en 1961. Era la primera chica y yo la quería mucho. Estábamos todo el día juntas, hablando, jugando, yendo a misa. Le encantaba la pintura y muchos de sus cuadros siguen por casa. Hablaba inglés, francés e italiano, y escribía unas cartas preciosas.

En 1978, a los 16 años, la becaron como a su hermano Javier para hacer el bachillerato de excelencia en el Atlantic de Gales. Antes de irse le diagnosticaron trastorno bipolar, pero en vez de dejarla en casa, le compré muchas pastillas y la mandé a Inglaterra. Al llegar tuvo la mala suerte de que los responsables de la universidad vieron las pastillas y la echaron.

Nunca se recuperó del golpe. Se pasaba el día en casa, deprimida, fumando. Yo la intentaba entretenir, pero no era fácil. Como era lista, la convencí para que se sacara una oposición y empezó a trabajar en Nuevos Ministerios, pero no tenía amigas y estaba siempre sola.

Jorge nació en 1964 y fue el primero que heredó el amor por los juegos de su padre. Un día, cuando era pequeño, le vi sentado en su mesa concentrado y pensé que llegaría lejos por estudiar tanto, pero cuando me acerqué para ver qué estaba estudiando me di cuenta de que tenía unos dados en la mano. Estaba haciendo un juego de mesa nuevo. Creó muchos juegos de mesa para sus hermanos y hasta desarrolló un sistema de billetes que usaban como dinero. Cuando jugaban, Jorge solía ganar porque, como se había inventado él los juegos, siempre se sacaba una norma de debajo de la manga y ganaba. Para asegurarse de que sus hermanos no se enfadaran y dejaran la partida a medias, Jorge les hacía pagar un «seguro de pique», un depósito que no les devolvía hasta que terminaran la partida.

A pesar de que le encantaran los juegos, Jorge nunca apostaba porque era un tacaño. Era tan tacaño que en el colegio le llamaban «el rabino». Durante unos años hasta tuvo un criadero de hámsters en la terraza y mandaba a Alfredo y a Julio a venderlos a Cuatro Caminos. Alguna vez se llevaba los hámsters al colegio y organizaba carreras en el patio. Se llevaba un alfiler y pinchaba a su hámster sin que lo vieran los demás para que fuera más rápido y ganara.

A Jorge también le becaron para hacer el bachillerato de excelencia en el extranjero, pero, en vez de irse a Gales como sus hermanos, se fue al Pierson de Vancouver, en Canadá. Mientras estaba en Canadá se ofreció voluntario para hospedar a compañeros que viajaron por España, así que vinieron aún más chicos a casa. Yo ya me había acostumbrado por Javier y no me

importó. Me gustaba poder ayudarles.

Cuando Jorge terminó el bachillerato, no tenía claro qué quería estudiar. Me dio a mí los papeles de la universidad y me dijo que le inscribiera en lo que quisiera, y yo, como cualquier madre, le inscribí en medicina. A él le pareció bien, estudió medicina y se especializó como anestesista.

Alfredo nació en 1965. Fue el pequeño y el consentido de la casa hasta que nació Julio, que le quitó el puesto. Jorge y él solo se llevaban un año y eran uña y carne. Alfredo era más reservado y serio que Jorge, pero le gustaban los juegos tanto como a él y se pasaban el día jugando. Eran inseparables.

Alfredo fue el primero que, además de jugar, quería apostar. Los sábados por la tarde José jugaba con sus amigos al póker o al dominó y Alfredo se les quedaba mirando sin que le vieran durante horas, deseando que le pillaran y le invitaran a jugar con ellos. El día de la semana favorito de Alfredo era el domingo porque íbamos al Hipódromo de la Zarzuela a ver las carreras de caballos. En el hipódromo Alfredo conoció a Manuel, que sigue siendo de sus mejores amigos, y entre los dos analizaban todos los caballos para ver a cuál apostar. Hoy Alfredo sigue sin perderse un domingo de carreras. Cuando no puede ir al hipódromo las ve desde el móvil, pero su ilusión es la misma. Su amigo Manuel es el mayor experto de carreras de caballos de España y tiene una columna en la revista del hipódromo.

Alfredo tenía una mentalidad diferente a sus hermanos con

respecto a los estudios. Él prefería disfrutar de su etapa universitaria, así que se metió a la carrera de empresariales y tardó 8 años en terminarla. No tenía prisa. Tenía claro que iba a ser la mejor etapa de su vida y quería aprovecharla al máximo.

Pero Alfredo era espabilado aunque no estudiara. En aquella época era normal que te atracaran y, para que no le quitaran mucho, se repartía el dinero en varios bolsillos. Cuando le atracaban, él les daba el dinero de un bolsillo y se quedaba con el resto. Además, durante su adolescencia el mundo de los ordenadores estaba empezando y él jugaba al póker online. Estuvo en los principios de casi todas las páginas famosas de hoy en día, cuando no tenían ni cien usuarios. Los demás jugaban fatal y, como él había crecido jugando al póker con su padre y sus hermanos, les desplumaba. Era tan fácil ganar que le explicó el juego a un amigo suyo en cinco minutos y el amigo empezó a ganar también.

Julio nació en 1971. Me quedé embarazada de él por error y cuando se lo conté a José me eché a llorar, pero José se enfadó conmigo.

—Los niños son la alegría de la vida. Son el motivo por el que tenemos sexo —dijo José.

—Ya, pero es que ya tenemos muchos. Otro más es demasiado —le dije.

—Pues no hay más sexo —dijo José.

De la misma forma que con Javier fuimos estrictos por ser el primer hijo, con Julio fuimos blandos por ser el último. José le consentía todo. Le dejaba saltar en nuestra cama por la noche y quedarse viendo películas con nosotros hasta las tantas. A mí me sorprendía que le consintiera tanto con lo estricto que había sido con sus hermanos, pero no le decía nada.

Julio se pasaba el día detrás de sus hermanos. Todos eran mayores que él y le hacían caso más como a un hijo que como a un hermano. Cuando Julio tenía siete años, por ejemplo, Javier le llevaba a correr al Parque del Oeste. Julio era demasiado pequeño para correr mucho, así que Javier le encerraba en el coche y, cuando estaba a punto de terminar, le abría la puerta y corrían juntos. A Julio le parecía un sueño y hoy sigue corriendo todos los días.

Un día, José llevó a Julio a la Bolsa de Madrid y le cambió la vida. Julio no entendía que lo que hacían esos señores fuera un trabajo. Parecía un juego. Años más tarde estudió empresariales para dedicarse a la bolsa y, cuando terminó la carrera, le conseguí una entrevista en una empresa de finanzas. La entrevista salió mal. Le dijeron que ya le llamarían, pero no tenía buena pinta. Según se iba, un hombre que le vio pasar cerca de la pizarra en la que apuntaban las compras y ventas le gritó: «Telefónica a 50». Julio no entendía qué estaba diciendo, pero el hombre le gritó otra vez: «¡Escribe en la pizarra Telefónica a 50!». Julio lo apuntó y, al verle en la pizarra, otro hombre le gritó: «Nokia a 12». Julio lo volvió a apuntar y, cuando se quiso dar cuenta, llevaba una hora apuntando las compras y ventas

de la oficina. El jefe oyó el escándalo y salió de su despacho. Al salir, vio al chico al que había hecho la entrevista apuntando las órdenes de toda la oficina. Se enfadó, pero cuando le fue a echar se dio cuenta de que lo estaba haciendo bien y con ganas, y le contrató.

7 MADUREZ

A medida que mis hijos se fueron haciendo mayores, fui teniendo más tiempo libre. José pensaba que mi carrera era una tontería, pero en cuanto me puse a buscar me salieron muchos trabajos. Durante unos años di clases de inglés en el Británico. Cuando lo pienso ahora no me puedo creer que lo hiciera. Ahora no lo haría ni muerta. Pero lo hice.

Iba todos los días por la mañana a dar clase. Me memorizaba la lección para no equivocarme y mis clases eran siempre iguales. Leíamos del libro y hacíamos ejercicios. Un día, al terminar la clase, un chico me preguntó si se podía quedar a la siguiente. Yo le dije que sí, pero le avisé de que iba a hacer lo mismo y que igual se aburría. Se quedó y me pasé toda la clase pensando en lo aburrido que debía estar el pobre chico. Pero el peor recuerdo que tengo del Británico fue de un día en que faltó una profesora y me tocó dar clase a dos grupos a la vez. Las clases estaban separadas por una pared corredera y, cuando la abrí para que los chicos de la otra clase me pudieran escuchar, casi me muero del miedo. Había el doble de gente. Al principio fue horrible, pero luego me centré en la clase y se me pasó.

Durante otro año fui monitora de un campamento de verano en Londres. Se me daba bien porque las madres de los chicos

me llamaban preocupadas y yo las tranquilizaba, pero me pasa como con las clases de inglés, no entiendo cómo tuve tanto valor. Me acuerdo de llegar a Londres y sacar billetes de metro para todos, de llevar a cada chico a su casa de acogida. Lo tenía que organizar todo yo.

Un día, la madre de acogida de uno de los chicos me llamó llorando. El chico había ido de compras el día anterior y se había comprado unos pantalones de mujer. «*What a shame, what a shame*», repetía la mujer. Yo fui a ver qué pasaba y, cuando llegué, no podía entender la reacción de la mujer. Eran unos pantalones normales. Eran de chica porque lo ponía en la etiqueta, pero si no, era imposible darse cuenta. La tranquilicé como pude y me fui con el chico a la tienda para cambiar los pantalones.

Durante esa época establecí como tradición las comidas de los sábados. Mis hijos ya eran mayores y hacían su vida, pero todos los sábados venían a comer a casa. Lo pasábamos genial. Yo me esforzaba mucho en la comida y hacía miles de platos. Mis especialidades eran las croquetas, las albóndigas y las lentejas. También hacía botes de tomate frito y de mermelada para que se llevaran a casa.

Los amigos de mis hijos que venían a comer se quedaban alucinados con las comidas. Llegaban y veían una mesa enorme llena de platos deliciosos. Yo hablaba con ellos en español, inglés o francés, dependiendo de dónde fueran. Un amigo americano

de Javier vino a comer un día y dijo que yo era «*the best mother I have known*». Se me quedó grabado.

Después de comer, los chicos se echaban la siesta o jugaban al dominó. La mesa del salón sigue llena de rayajos de las fichas del dominó, pero me gusta. Es un recuerdo de todo lo que hemos jugado y reído, de los sábados que hemos pasado juntos y de lo que nos hemos divertido.

Mi hermano Clemente fue parte de la primera promoción de ingenieros de telecomunicaciones de España y llegó a ser el director industrial de Telefónica. Construyó fábricas por toda España y Centro América y hasta construyó una fábrica cerca de Alagón para contratar a toda la gente del pueblo que buscara trabajo. Todos le adoraban. En los 70, dirigió el proyecto de Telefónica en el que pusieron las cabinas telefónicas, así que trajo el teléfono a España. Salió en todos los periódicos y estoy muy orgullosa de él. Cuando ya de mayor se ponía a pensar en todo lo que había hecho, no se lo podía creer.

Clemente vivía con su mujer María Cristina en un piso enorme cerca del Bernabéu. Intentaron tener hijos, pero nunca lo consiguieron. Como Clemente era director industrial de Telefónica, ganaba mucho dinero y vivían por todo lo alto. No ahorraban casi porque a Clemente no le importaba el dinero. Cuando se iban de veraneo a San Sebastián se alojaban en el hotel Londres, el mejor hotel de la ciudad, y, algún sábado que venía a casa a comer y a jugar al póker con José y su hermano

Ramón, se apostaba todo lo que tenía y, si perdía, se reía a carcajadas de lo en serio que se lo tomaban. A él le daba igual.

A Clemente le perdía la fiesta. Le encantaban los bares, los restaurantes y las discotecas. Tenía mucha gracia y don de gentes y, cuando iba a un bar o a un restaurante nuevo que no le gustaba, decía: «Me ha gustado venir para no volver jamás». También le perdían las faldas. Decía que perdió la virginidad con María Cristina a los 25 años y que desde entonces se había estado recuperando. Según él se acostó con miles de mujeres, pero solo repitió con María Cristina.

El hermano de José, Ramón, también era ingeniero industrial. Vivía con su mujer, María Cruz, en un piso en la misma urbanización que nosotros y les veíamos mucho. Solían venir a tomar café y a jugar al dominó.

Ramón y María Cruz nunca tuvieron hijos. Lo intentaron mucho y Ramón hasta se operó, pero no sirvió de nada. Al no tener hijos, tenían más dinero y se compraron un piso con piscina en la calle Cantalejo, una zona muy pija a las afueras de Madrid. En verano íbamos a verle y era como irnos de vacaciones.

Un año, mientras cruzaba la calle Cantalejo de camino a la casa de Ramón, me atropelló un autobús y me rompió la pierna. Yo al principio solo me enteré por el ruido, porque no me dolió nada. Me llevaron al hospital y, cuando el autobusero me preguntó si quería reclamar una indemnización, le dije que no porque me dio pena, pero luego pensé que me la habría

pagado el seguro, no el autobusero, y que la debería haber reclamado.

8 HIJOS MAYORES

Jorge murió en 1997. Estaba en Venezuela con su novia, cogieron una avioneta para ir a un pueblo perdido de aventura y se estrellaron. Primero nos llamaron de la embajada diciendo que habían desaparecido y a la mañana siguiente nos llamaron diciendo que habían encontrado la avioneta y estaban todos muertos. Esa noche de incertidumbre fue una de las peores noches de mi vida.

Antes de que Jorge y su novia se fueran de viaje a Venezuela, yo ya sabía que no iban a volver. Tenía un presentimiento raro. Unos días antes de que se fueran, acompañé a la novia de Jorge al Corte Inglés para que se comprara un bolso y pensé: «Qué tontería comprarte un bolso que nunca vas a usar». Cuando se lo conté a José me dijo que, como pienso tantas cosas raras, alguna vez acierto.

Jorge siempre había sido aventurero. Cuando estaba en el Pierson de Vancouver se fue en autobús hasta la Patagonia y, cuando se graduó de medicina, se apuntó a Médicos Sin Fronteras para ayudar a los más necesitados. Iba a tribus africanas y grababa unos vídeos graciosísimos.

—Say hello to my father, say hello to my father

—les decía Jorge a los africanos.

—Hello to my father —decían los africanos.

El principal defecto de Jorge era que tenía muchas manías. Abría las ventanas en ángulos exactos de 45 grados y, cuando se quería ir a dormir pronto, nos decía que si queríamos beber agua que la bebiéramos ya, que si no el grifo le iba a despertar. Una noche, mientras cenábamos en una terraza de Getaria, unos chicos hicieron un espectáculo en el que escupían fuego por la boca y, al poco de empezar, Jorge se les acercó y les ofreció bastante dinero para que se fueran. No podía con el olor a combustible.

A pesar de ser aventurero y maniático, Jorge era tranquilo. Su novia y él trabajaban en un hospital de Madrid, pero pidieron el traslado y se fueron a vivir a Menorca. Preferían vivir en la playa ganando menos que en Madrid ganando más. En la puerta de su casa de Menorca tenían un libro de visitas en el que obligaban a todo el mundo a firmar, y siempre que lo veía me daba mucha rabia no haber hecho yo lo mismo.

Alfredo fue el primero en casarse. Se casó con Estefania, una chica de Vitoria de padres italianos. Llevaban años siendo amigos e iban juntos al Bernabéu a ver al Madrid. Estefania se había insinuado alguna vez, pero a Alfredo le daba vergüenza y no se lanzaba. Después de dos años viendo partidos del Madrid, Alfredo se lanzó y, unos años más tarde, se casaron. Se casaron

en el hipódromo de la Zarzuela y fue una boda divertidísima porque corrieron por el circuito de los caballos en calzoncillos. No te das cuenta de cómo de rápido corren los caballos hasta que ves a personas corriendo.

Unos años después de que Alfredo y Estefania se casaran, nos fuimos todos juntos de vacaciones a Zarautz. Estefania y yo discutimos un día, no me acuerdo sobre qué, pero José se puso de su parte y me sentó fatal. Le dije que, si tan mal le parecía todo lo que hacía, que nos divorciábamos y punto. Para que se me pasara el enfado, me fui a misa yo sola y, cuando salí, el pobre José estaba esperándome en la puerta llorando como un niño. Me dio mucha pena y le perdoné. Pobrecito mío.

Alfredo y Estefania tienen dos hijos, Jorge y Javier. Jorge tiene veintiséis años y Javier, veinticuatro. Viven en Vallecas porque Estefania es veterinaria y tiene la clínica al lado. Jorge trabaja como informático en una *startup* y Javier estudió Filología Inglesa como yo, pero ahora está estudiando un grado superior de informática que le gusta mucho más. Para sacarse un dinero mientras estudiaba, Javier estuvo trabajando de croupier en el casino de Gran Vía.

Julio se casó con Silvia, una chica de Madrid que había sido alumna de Javier. Se conocieron en una fiesta que organizó Javier en su casa. Javier les invitó a los dos porque sabía que, como eran los dos más pequeños, se harían amigos y con un poco de suerte se enamorarían. Todo salió como Javier había

planeado y empezaron a salir un mes después de la fiesta.

Unos años después, Julio se fue a trabajar a Londres y Silvia se fue con él. Cuando estaban asentados, José, Beatriz y yo fuimos a visitarles. A mí Londres me gustaba mucho, pero José no hablaba una palabra de inglés y lo odiaba. Me acuerdo de ese viaje porque estábamos en un tren, pero hablando con el maquinista descubrí que era más rápido si nos cambiábamos a otro, así que convencí a José y a Beatriz para cambiarnos y llegamos enseguida.

En Londres, Julio nos llevó a un restaurante italiano porque sabía que nosotros preferíamos la comida mediterránea. Una vez, por ejemplo, unos amigos nos sirvieron melón con jamón de primero y José les dijo que el jamón bien, pero que el melón mejor de postre. En el restaurante, José y yo nos pedimos una burrata con tomate y una *melanzone alla parmigiana*, pero todos los demás pidieron pizza. Como lo nuestro era diferente, todos venían a probarlo y yo les decía: «Quién ha pedido pizza, quién ha pedido pizza, que esto es mucho mejor».

Julio y Silvia tienen tres hijos, Daniel, Mario y Virginia. Daniel tiene veinticinco años, Mario, veintitrés y Virginia, veinte. Daniel está haciendo un máster en matemáticas y vive en Helsinki. Mario estudió física, pero ahora juega al póker profesionalmente y vive por todo el mundo. Este año ha estado viviendo en Uruguay, pero el año que viene se va a ir a vivir a Tallín. Virginia está estudiando matemáticas y física en Madrid, que es la carrera con más nota de acceso, y aún así es la mejor de la clase.

Todos nacieron en España pero, a las tres semanas de que naciera Daniel, se lo llevaron a Londres. A mí me daba pena que Julio y Silvia estuvieran en Londres solos sin nadie que les ayudara, así que iba a verles a menudo. Cuando llegaba le decía a Silvia que ella se fuera a hacer sus cosas que yo me quedaba con Daniel. Cuando Mario nació, Julio y Silvia estaban ya hartos de Londres y se vinieron a vivir a España. Vivían en una casa gigante cerca de la mía, pero en 2015 se divorciaron y ahora viven separados.

Javier estuvo veinte años saliendo con Amparo, una chica que conoció en la universidad. Cuando Javier se fue a Minnesota a hacer el doctorado mantuvieron la relación a distancia, pero terminaron hartos y se acabaron casando para que a Amparo le dieran la visa y se pudiera ir a vivir a Minnesota con él. Intentaron tener hijos durante muchos años, pero no lo consiguieron y terminaron separándose. Cuando José se enteró de que se habían separado, le dijo a Javier que no hiciera eso muchas veces, pero Javier pensó que no tendría tiempo de tener muchas más relaciones de veinte años.

Cuando Javier y Amparo se separaron, Javier empezó a salir con Cristina, una alumna suya de la Carlos III. Javier tenía treinta y nueve años y Cristina, diecinueve. La diferencia de edad nos sorprendió a todos, pero se querían y se acabaron casando. Hicieron una boda informal en una pradera de Sobrepiedra, el pueblo de Cristina en Asturias. Yo habría preferido que se

casaran por la Iglesia, pero aún así me gustó la boda. Pusieron unas brasas llenas de sardinas y mucho champán.

Javier y Cristina tienen dos hijos, Bruno y Belén. Bruno tiene trece años y Belén, once. Los dos van al Colegio Británico y hacen muchas actividades extraescolares, pero a Bruno lo que más le gusta son los videojuegos y a Belén, la gimnasia artística. Viven en la casa de Cristina en Majadahonda, a media hora de Madrid, y yo lo odio. Lo odio porque antes de mudarse a Majadahonda vivían en la casa de mi madre, a 5 minutos de la mía, y les veía casi todos los días. Ahora viven lejos y les veo con suerte una vez a la semana.

Beatriz nunca tuvo pareja. Estaba siempre en casa fumando, sola. Su enfermedad le hacía tener depresiones largas y yo me pasaba el día intentando entretenérsla. Siempre que podía se la encasquetaba a sus hermanos para que saliera de casa y se despejara. Durante una época le organicé clases de italiano en el salón de casa con Estefanía. Yo iba con ella para acompañarla, pero ya no me acuerdo de nada. Solo lo hacía para que Beatriz tuviera algo que hacer.

Como le gustaba pintar, apunté a Beatriz a clases de pintura. Estaban bien porque eran en un local cerca de casa y le obligaban a salir y darse una vuelta. Su pintura mejoró mucho y se notaba en sus cuadros, pero se enamoró del profesor. Se obsesionó tanto que él le acabó poniendo una orden de alejamiento.

Vista desde fuera, Beatriz tenía una apariencia extraña. Es-

taba gordísima y siempre tenía un cigarrillo en la boca. Solía estar triste, fumando, encerrada en sus pensamientos. De vez en cuando le daban brotes de alegría y se echaba a reír a carcajadas. José decía que con tantos hijos era normal que uno nos hubiera salido mal. Beatriz era complicada, pero buena y generosa. Ahorró durante muchos años para regalarle un coche a Javier por su cumpleaños, que él ha estado usando hasta hace poco.

9 VEJEZ

Beatriz se suicidó en el 2004. Siempre que se enfadaba decía: «Me voy a tirar por la ventana, me voy a tirar por la ventana», pero nunca lo hacía. Lo decía tanto que lo normalizamos. Hasta que un día se tiró. Llamamos a una ambulancia y fuimos corriendo al hospital. Los médicos nos dijeron que había una posible cura, pero que si se salvaba se quedaría minusválida de por vida. Dudamos un momento, pero les dijimos que no se molestaran. Beatriz era infeliz. No tenía sentido prolongar su sufrimiento.

Mis hijos dicen que el fantasma de Beatriz sigue por casa. A mí me parece una tontería, pero ellos lo creen en serio, y eso que no suelen creer en este tipo de cosas. Dicen que por la noche se oye a alguien corriendo por el pasillo de esa forma tan particular con la que corría Beatriz.

José murió de cáncer de pulmón. Cuando éramos jóvenes no se sabía que el tabaco fuera tan malo y él fumaba mucho. Estuvo toda la vida fumando hasta que, en 1985, le dio un ictus y lo dejó para siempre. Él era muy cabezota y nunca más se fumó un cigarrillo. A mí me dejó alucinada la fuerza de voluntad

que tenía. Murió en el 2005, pero si hubiera seguido fumando igual habría muerto mucho antes.

Después del ictus, a José se le paralizó el lado izquierdo del cuerpo y empezó a cojear. Yo le llevaba siempre con bastón y, cuando salíamos a dar un paseo, le obligaba a pararse a descansar en las paradas de autobús. «Este a mí no se me cae», pensaba. Cuando se fue haciendo mayor fue perdiendo movilidad hasta que le costaba tanto moverse que yo le tenía que vestir y desvestir. Soy madre de cinco hijos y tengo práctica, pero a él le sorprendía lo rápido que lo hacía.

—Esto sí que lo haces bien —me dijo un día.

—Pues menos mal que hago algo bien —le contesté.

—Entre otras muchas cosas —dijo José.

José lleva veinte años muerto y le echo muchísimo de menos. Me acuerdo de él todos los días. Daría lo que fuera por volver a estar con él. Tengo casi noventa años y se han muerto muchas personas a lo largo de mi vida —mis padres, mi hermano, dos de mis hijos—, pero él es, con diferencia, la persona a la que más echo de menos. No sé qué sería de mí si no creyera que cuando me muera voy a ir al Cielo y voy a estar con él.

Cuando se jubiló, mi hermano Clemente estaba cansado del ruido y los coches de Madrid, así que le vendió su casa al primo de mi prima a cambio de una pensión mensual. Clemente no

tenía hijos y pensó que era una buena forma de asegurarse una pensión para toda la vida. Después de vender su casa de Madrid, Clemente y María Cristina se mudaron a Benidorm y se compraron una casa enorme en primera línea de playa.

Clemente y yo nos repartíamos a mi madre para cuidarla entre los dos. Durante el año estaba conmigo y en verano se iba con Clemente a Benidorm. En 2005, mientras estaba en Benidorm con Clemente, mi madre murió. Tenía ciento cinco años y seguía lúcida a pesar de tener problemas en la tripa. Cuando digo que tenía problemas en la tripa, quiero decir que no era capaz de ir al baño sola. La caca se le quedaba atascada y había que sacársela con la mano. Yo se lo hacía sin problema, pero a la chica que le cuidaba en Benidorm le daba asco y no se atrevía a hacerlo. A pesar de que mi madre muriera a los ciento cinco años, estoy segura de que si se hubiera quedado conmigo habría vivido mucho más.

Clemente también murió en Benidorm. María Cristina había muerto hace años y él vivía solo en una residencia. Mis hijos y yo le íbamos a ver de vez en cuando, pero ya no era el mismo. Apenas se acordaba de nosotros. Estaba fatal. Como nunca tuvo hijos, cuando murió nos dejó todo a mis hijos y a mí. Yo me sentía mal porque María Cristina tenía un sobrino subnormal que se quedó sin nada, así que le di mi parte de la herencia, casi 70.000 euros. Mis hijos me dijeron que era una tontería, pero a mí no me importó. Me parecía lo justo.

En 2008 fui al médico de digestivo porque tenía la tripa dura. Me hicieron pruebas, pero no me encontraron nada y me mandaron a casa. Un año después empecé a sangrar al ir al baño, volví al hospital, me hicieron una colonoscopia y descubrieron que tenía cáncer de colon. Me enfadé mucho porque, si me hubieran hecho caso la primera vez, la operación habría sido facilísima. De todas formas tuve suerte. Lo cogieron a tiempo y me lo quitaron todo, pero no fueron capaces de cerrarme la tripa y me pusieron una bolsa para la caca. A día de hoy la sigo teniendo. Llevo ya casi quince años con la bolsa y la odio. Me da asco, me limita mucho y me hace sentir vieja. Además siento que, si tuviera una hija, ahora me cuidaría como yo cuidé a mi madre, pero solo tengo a mis hijos, que tienen sus vidas y no pueden estar conmigo tanto como a mí me gustaría.

Este año voy a cumplir noventa años y, como soy tan mayor, mi vida es muy rutinaria. Me levanto todas las mañanas a las diez. Si estoy cansada desayuno un bollito y un café en el salón, pero si hace buen día y tengo ganas me bajo a desayunar a la cafetería de la esquina. Voy tanto que me conocen y nada más verme me preparan el desayuno. Cuando termino me subo a casa. Si hace sol me salgo a la terraza, pero si no me quedo en el salón escuchando la radio o leyendo algún libro en inglés. Para comer suelo bajar a algún restaurante del barrio y me pido medio menú. Me cuesta menos de 10 euros y me evita tener que hacerme la comida. Por la tarde me subo a casa, me echo la

siesta y veo la tele hasta las ocho, que salgo a dar un paseo y a tomarme una cerveza. Después de la cerveza, me vuelvo a casa y veo la tele hasta las doce, que me voy a la cama.

Los sábados siguen viniendo mis hijos y mis nietos a comer a casa, pero ahora cocina Javier. A mí me da rabia porque llegan muy tarde y es un desorden, pero aunque me queje, me gusta que vengan. Cuando están todos en casa no me siento tan sola.

Por lo demás, estoy en Madrid todo el año menos en agosto que me voy con Julio a Zarautz. Este año me tuve que volver antes de tiempo porque me encontraba mal, pero normalmente me quedo todo el mes. Siempre digo que es el último año que voy a Zarautz —*last time*— pero me gusta tanto que no me puedo resistir. Digo que es el último año que voy porque me encuentro mal y siento que soy un incordio. Prefiero quedarme en mi casa donde tengo todo a mi manera y no molesto a nadie.

Hace un par de años empecé a tener problemas de movilidad y me caigo a menudo. Una noche me caí yendo al baño y no me podía levantar. Grité hasta que el portero me oyó y me rescató, pero cuando mis hijos se enteraron contrataron a una asistenta para que me cuide. Al principio yo odiaba tener asistenta porque sentía que tenía a un policía que me seguía y me vigilaba, así que solo la dejaba venir por las noches. Pero ahora me gusta. Nos entendemos bien. Me ayuda a vestirme, a ducharme y me hace compañía, que es lo que más me gusta. Todas las tardes vamos a dar un paseo por el barrio y luego nos tomamos una

cerveza juntas en el bar de abajo.

Mis hijos dicen que me caigo porque tengo párkinson, pero yo no estoy segura. A mí me parece que es por la edad. Tengo casi noventa años y es normal que me cueste moverme. De todas formas, no me importa mucho. Si me caigo, pues me caigo. Ya estoy mayor y no tengo miedo a morirme.